

De iras y de misericordias

(Del inexistente nuevo infeliz)

*"Porque vendrá tiempo en el que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina,
sino que, teniendo una comezón extremada de oír doctrinas acomodadas a sus pasiones,
recurrirán a una caterva de doctores propios, para satisfacer sus deseos,
y cerrarán los oídos a la verdad y los aplicarán a las fábulas".*

(2 Tim IV, 14)

No hay misericordia sin justicia, ni justicia sin misericordia. Es perentorio templar la justicia con la misericordia, y afinar la misericordia con justicia. Muerte, Juicio, Infierno y Gloria, cuatro sustantivos que han sido arrancados de los púlpitos. No son los únicos: confesión y conversión han desaparecido, sepultados en sobrecitos enormemente relevantes. A Dios se le ha esculpido, a martillazos, en misericordia, en sólo misericordia, y en nada más que en ella.

Misericordia y tolerancia. Un Dios tronchado, un Dios verdad a medias, tan verdad a medias como aquella frase del Cristo a la que se le ha despojado la mitad: *"No he venido Yo a llamar a los justos, sino a los pecadores..."* Y queda mutilado el clamor que recalca Lucas *"...a penitencia"*. Muchos parece que se van, como Judas en la última cena, antes de que el Cristo haya concluido, y les quedan las frases a medias, a muy medidas medias... Se sepulta, aun vivo, lo que no se quiere recordar.

¿Que es penitencia? ¿Quién justo? Penitencia es complacencia al vulgo; un algo que *tiene* que hacer la Iglesia por sus dos mil años de maltratos al sodomita, al otro que rechaza al Cristo, a quien decida apartarse y establecer sus propias reglas. La Iglesia, arrodillada, gime. La Iglesia, arrodillada, implora. La Iglesia y nadie más. La Iglesia que no aceptó lo que entonces no era posible aceptar y ahora sí se le exige aceptar. Aquella Iglesia que torturó inmisericordemente al infeliz con horriblos vocablos, como arma de suplicio: ¡muerte!, ¡infierno!, ¡juicio! Todo ello pamplinas. Aceptamos, si, lo del morirnos; pero sin preocuparnos porque falta mucho, y cuando venga se nos envolverá en ropajes de misericordia: ¿no es, ella, para eso? Tontos héroes y santos que se toman la vida en serio, y se alza el uno ante lo injusto, y se flagela el otro necia e *inmisericordemente*.

Tu Dios y mi Dios. Tu Dios es Dios sin rabias. *"Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que llega? Haced, pues, dignos frutos de penitencia y no andéis diciéndoos: Tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que puede Dios sacar de estas piedras hijos de Abraham."* Y ahora es Mateo: *"Comenzó Jesús a predicar y a decir: Convertíos, porque se acerca el reino de Dios."* El Cristo que tras destrozarse sus sandalias por los senderos de las tierras aquellas, concluiría: *"Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos, a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no quisiste!"* Después, y hasta ahora, quizá rabiosamente ahora, parece que más nadie quiso.

Recuerdo, amigo mío, aquel discurso tuyo: *"Yo no sabría decir cuántas veces se han cumplido estas palabras. Pero sólo un ciego dejaría de ver cómo actualmente se están verificando casi a la letra. Se rechaza la doctrina de los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, se tergiversa el contenido de las bienaventuranzas poniéndolo en clave político-social: y el que se esfuerza por ser humilde, manso, limpio de corazón, es tratado como un ignorante o un atávico sostenedor de cosas pasadas. No se soporta el yugo de la castidad, y se inventan mil maneras de burlar los preceptos divinos de Cristo. Hay un síntoma que los engloba a todos: el intento de cambiar los fines sobrenaturales de la Iglesia. Por justicia algunos no entienden ya la vida de santidad, sino una lucha*

política determinada, más o menos teñida de marxismo, que es inconciliable con la fe cristiana. Por liberación no admiten la batalla personal por huir del pecado, sino una tarea humana, que puede ser noble y justa en sí misma, pero que carece de sentido para el cristiano, si implica una desvirtuación de lo único necesario: la salvación eterna de las almas, una a una." Te lo admito, puede que algún desorientado, torpe dignatario, busque hacer el bien... "Pero no se compensa, con este bien, el mal enorme y efectivo que producen matando almas de caudillos, de apóstoles..."

¿Era engorroso el proceso de nulidad de un matrimonio? ¡Tenía y debe ser engorroso!, largo, duro. Fácil, amplia, la vía al matrimonio. Hagamos aún más fácil la salida. Hay un infeliz nuevo que hemos descubierto, que sufre mucho acá abajo por la incomprensión de una Iglesia despiadada, que no comprende, que no quiere comprender: ellos se casaron muy jóvenes... La vida matrimonial les resultó insoportable, cada prueba más agónica que la anterior... ¿Más joven que María, ella? ¿Más dura que a José la vida? Hay un nuevo infeliz, que pasó de sodomita según la teología de Pablo, a ser un atormentado homosexual, *gay* desde hace unos pocos días. Pablo, terrible, le apostrofaba su inicua sodomía: *¡No os engañéis! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios.* ¿O Pablo ya no es Pablo? ¿Quién era Pablo para juzgar? ¿Tendré de veras que explicártelo, a ti, que ahora te dices ser "alegre? ¿Sufrir, o es alegre? ¿Es un pobre infeliz, atropellado, insultado, discriminado; o un orgulloso nuevo espécimen? ¿Despiadado el Dios que deshizo en cenizas a Sodoma? ¿O acaso fue entonces grandiosa su misericordia; su amor que cuidó del foco aquél que se hubiera extendido, como hoy, por los confines de la tierra?

Su sufrimiento ¿es nuevo? *"En lo más profundo de su conciencia el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, llamándole siempre a amar y a hacer el bien y a evitar el mal... El hombre tiene una ley inscrita por Dios en su corazón... La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella"* (GS 16). Es su sufrimiento el de todo hombre que se crea su cruz, nueva y vieja, la echa sobre sus hombros; y si su conciencia le retuerce la existencia, ahí está, al alcance de la mano, la sociedad para verterle culpas: culpable es la

conciencia, la Iglesia, la moral; él tiene derecho a ser feliz a como toque, a cómo le dé la gana, a su manera. Cambia el bien sobrenatural por el bienestar de su indecencia, aquí, en la tierra. Y se le acepta. Y se tolera. Menos mal, diría mi amigo, que después de 33 años de Cristo en la tierra, de dos mil años de su Iglesia, se ha descubierto cómo hacer feliz al infeliz inexistente.

A una nueva Iglesia, Lutero hubiera vuelto. *"Si una persona hace suya la idea del carácter homogéneo de las épocas históricas, se verá cogido por la noción ilusoria de que sólo podemos ayudar al hombre de nuestra propia época presentando el mensaje de Cristo de una manera completamente nueva. La diletante interpretación del kairós que hacen esta clase de personas, su preocupación por llegar hasta el "hombre del hombre de nuestra época", las apartará de llegar al hombre de todas las épocas."* Remataría Hildebrand.

Jorge J Arrastia